

ral con las innovaciones profundas de la moda que aflorarían pocos años más tarde. Pero ya se le estaban viendo las patas a la sota...

Carreras

Deliberadamente hemos dejado para el final, como homenaje, la figura de Roberto, Roberto de las Carreras, que vive todavía, o vivía cuando menos hasta hace muy pocos años, recluido en una casa de salud.

Amigo íntimo de Julio Herrera y Reissig, con quien se distanció por la disputada propiedad de una imagen poética ("el relámpago gris perla de tu risa"), dandy y anarquista, es Roberto uno de los principales omeledores del mundo antiguo. Desde 1900 se erigió para todo el Río de la Plata, en "predicador y paladín del Amor Libre". Consagrado por entero al esteticismo y a las mujeres, se agranda cada día (hace cada día más gracias, admira más cada día) y quizás, olvidados para siempre Baille y Saravia, sea su nombre el único que la historia futura guarde de este tiempo de tormentas y derrumbes. Roberto perseguía por su nombre y por la calle a las damas casadas de las que se enamoraba. Escribía libros quejándose (textual) sobre que la vida conyugal y burguesa le arruinaba las caderas a tal o cual señora conocida, que él amaba como a una estrella o a una diosa. En la calle Sarandí, una tarde le pegaron dos tiros. Y usó siempre después el saco agujereado por los balazos. Cuando estuvo aquí la gran actriz Lina Cavalieri, publicó en hojas de cartulina púrpura, con letra gótica y fotografías abundantes un "Salmo a Venus Cavalieri", genial de cabo a rabo, donde la compara con Cleopatra, Lucrecia, Friné, Lamia, Lais, Leontium, Riparchia, La Sulamita, Fátima, Rebeca, Raquel, Ruth, Teodora, Belkis, etc.

El salmo termina con "Reto a Venus Cavalieri!", que empieza así: "Púgil del sensualismo, te desafío a la lid amorosa."

"El genio griego ha inflamado mi alma por la gloria de los lechos!"
Francamente, qué manera de argumentar!

1º de diciembre de 1950

Las elecciones del domingo vistas dentro de un siglo

También nosotros, los vivos y colcantes uruguayos de 1950, seremos contemplados como acartonados fantasmas algún día. Nuestros próceres figurarán en las figuritas de los chocolatinos y nuestros sacos de dos botones en el museo de las modas olvidadas. No en vano transcurre el

tiempo. Con la misma vara irresponsable, tramposa y cegatona que utilizamos para medir los hechos de nuestro pasado, seremos a nuestra vez medidos cuando los relojes de la historia marquen la mitad del siglo venidero. Y ya no quede nadie en la mesa donde hemos comido hasta hartarnos, discutido hasta enronquecer y bebido hasta perder la cuenta.

Escrita para publicarse en el número extraordinario de MARCHA de fines del 2050, la aparición de esta crónica en el número de hoy significa lo que se llama un verdadero adelanto publicitario. No hay, después de todo, mejores espejos que los del tiempo, por crueles y deformadores que parezcan. Y ahí los destapamos, para que se mire el que quiera:

"Cómo eran las elecciones en la antigüedad..."

Francamente, debo confesar que cuando acepté de mi distinguido amigo el Dr. Quijano Dante Bernasconi, relativo a preparar esta colaboración sobre las viejas costumbres electorales de hace un siglo, no tenía idea de las dificultades que ello implicaba.

A fuerza de sincero debo declarar, por ejemplo, que no obstante las muchas noches pasadas sobre los amarillentos documentos de aquella época, sigo sin comprender para qué diablos realizaba aquella extraña gente esas elecciones cuatrienales. Sin embargo, y aunque las motivaciones últimas y tal vez inexistentes de aquella ilógica sociedad permanezcan arcanas para nosotros, una somera descripción de las mismas no deja de ser interesante por las muchas particularidades cómicas e increíbles que revela. Empezando por el carácter o sentido mismo que se atribuía entonces a la palabra "elecciones".

Consistía el tal acto en una trabajosa consulta dirigida a persona por persona (!) sobre cuál era su opinión respecto a quien debía gobernar la sociedad entera durante un determinado periodo. Por ejemplo: se preguntaba a la gente si prefería ser mandada por el señor Zutano o el señor Fulano. Estos señores se llamaban arcontes o candidatos, y a veces su número llegaba a seis o siete, para los cargos más importantes. Cómo se hacía para llegar a candidato es cosa que la historia no ha descifrado todavía. Y salvo mejor opinión, entiendo que el problema permanecerá sin solución hasta que la Sección correspondiente del Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Semánticas no se pronuncie sobre el sentido político del vocablo "muñeca", tan profusamente usado en los pintorescos periódicos del pasado siglo.

Volviendo al trabajoso proceso electoral, una vez establecidos de acuerdo a la "muñeca" (término que a mi juicio debía ser la manera corriente de referirse a concurso de oposición y méritos) el nombre de los dos, tres o seis arcontes candidateables, se fijaba la fecha para que la gente contestase la pregunta de cuál era el preferido (más o menos lo que se sigue estilando para la elección de mujeres o maridos). Este detalle de la fecha tenía una importancia extraordinaria para la gente de entonces, vaya nadie a saber por qué. En efecto, y de acuerdo a la lógica más elemental, nada impedía que éstos contestasen el día truman (o lunes,

como se decía entonces), y otros el stalin o el ghiggia. Lo cierto, sin embargo, es que se fijaba con gran solemnidad una fecha, después de consultar a los augures de la tribu o flamariones. Esta fecha era fijada según el almanaque antiguo (meses, años y días), en lugares bien visibles para que todos se enterasen bien. Y se incluía en frases hechas que luego los micrófonos dispersaban a los cuatro vientos, para que se les grabase bien a todos. Hemos podido reconstruir algunas de estas frases, por medio del pantógrafo supersónico de la Asociación de la Prensa. "El próximo 26 de noviembre la ciudadanía decidirá, etc., etc..." era una de las más claras. "El próximo 26 les ponemos la chapa, etc." era otra.

El "voto secreto"

Repetidas así constantemente a través de todos los medios de difusión y deformación del pensamiento, todos se iban enterando de a poco de la fecha elegida. Y cancelando las audiencias, las citas galantes y los espectáculos deportivos para el día indicado, de modo de quedar libres para poder contestar la pregunta.

Se entraba de este modo a la segunda etapa del procedimiento, o acto de contestar concretamente. El procedimiento adoptado no puede ser más curioso. Para resumirlo en dos palabras digamos que era OCULTISTA y NECROLOGICO, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta la profunda religiosidad de aquella gente, y su constante mezcla del culto de los muertos con las cosas más triviales. En efecto, cada persona empezaba por rodear del mayor misterio y recogimiento su contestación, debería ser secreta. Cada persona escribía, pues, en una hoja su contestación y la metía en un sobre. Y luego se trasladaba a lugares de la ciudad alejados de su domicilio, valiéndose de coches donde lucían leyendas de candidatos que no pensaba elegir, para que nadie pudiera hacerse ni la más remota idea del contenido de su contestación a la pregunta. Esta contestación era llamada "voto" debido a que cada persona escribía la contestación en términos sacramentales que empezaban con esa palabra. Escribía, por ejemplo, "Voto a Herrera", o "Voto a Martínez Trueba" o "Voto a Bríos" o "Voto al Chápiro Verde" (1), con lo cual quería indicar que se inclinaban por Herrera o por Bríos para que los mandase a todos. El procedimiento, claro, se prestaba para las grandes ensartadas. Y había gente, por ejemplo, que se jugaba la cabeza a que lo elegían a él. Y después elegían a cualquier otro. Es de imaginar la desesperación de los equivocados. El sociólogo Artigas Cusano afirma que hubo casos de gente que aunque parezca mentira se presentó hasta seis veces para candidato. Pero seguramente debe ser una información errónea porque no se concibe que pueda haber nadie con tanta vocación de derrota y tanta afición al puchero de cola.

Preparados así los sobres con las contestaciones o votos, cada ser humano comparecía en una célula distinta, donde lo esperaban seis o siete encargados de vigilar que no pusiera alguna porquería en el sobre.

(1) Con esta expresión quería decir que votaba al socialismo.

(teléfonos) cuyas líneas solían enredarse constantemente, por indeterminación magnética. Resultaba pues imposible consultar a la gente de otro modo que no fuera por el atroz sistema de sobres, que se complacía todavía con las urnas y secretos. Y de ahí que se la limitase a preguntar a quién delegaba el pueblo sus facultades, o dicho de otro modo, quién le parecía más indicado para meter la pata menos veces durante los cuatro años venideros.

Esta necesidad para nosotros incomprensible de delegar funciones que son la esencia misma de la dignidad humana, se veía reforzada por otras dos circunstancias: la incultura general, y la falta de tiempo de la totalidad de los ciudadanos para ocuparse del gobierno. La vida de nuestros abuelos, conviene no olvidarlo, era una diaria y atroz lucha por conseguir comida. Como consecuencia del nulo desarrollo de la producción y de los escasos medios de que se disponía para producir alimentos, la vida de un varón de 1950 se consumía toda en buscar qué ingerir. Tanto es así que hubo incluso que dictar leyes prohibiendo que se dedicasen más de 8 horas diarias a la tarea de conseguir comida. Acosados así por el hambre y el atraso técnico, nuestros abuelos no podían materialmente ocuparse de manera especial de la conducción del Estado, y debían elegir un arconte o candidato.

2) La importancia de que la designación recayera en uno u otro ciudadano se hacía así fundamental. Un gobernante era por entonces mucho más importante que un poeta o un periodista, por ejemplo. Casi diríamos que un gobernante y un jugador de fútbol eran los personajes mayores de la sociedad de hace un siglo. En efecto, una vez elegido por los sobres y urnas, el tipo quedaba librado a su propio criterio para hacer y deshacer sobre todas las cosas del mundo, durante cuatro años enteros. Nuestros sistemas de corrección automática de medidas de gobierno por manifestación espontánea a través de las telepantallas, que se realizan hoy en menos de 12 minutos, hubieran insumido meses hace un siglo.

De ahí que un gobernante fuera una especie de Dios, que representaba en su persona los poderes totales de la comunidad. Y la consecuencia, para nosotros increíble, es que la gente se peleaba por gobernar.

Pintoresquismo

Antes de terminar, quisiéramos referirnos a dos particularidades impagables de los procedimientos electorales del pasado. Primero: la tumultuosa realización de una elección. En efecto, los candidatos y sus partidos hacían objeto de verdaderas campañas los meses anteriores a la fecha sagrada. Y trataban de conquistarse contestadores favorables a través de todos los medios que la imaginación puede prever: carteles, gritos, mítines o agrupaciones en las calles, ataques, insultos, canciones, reuniones en locales, clubes al efecto (!), etc. Se llegaba así a la fecha sagrada en medio de una histeria colectiva, donde muchas veces solía correr la sangre y no pocas trancarse viejas amistades. Nada podrá sin embargo darnos ideas de la indescriptible confusión de la fecha sagrada. Para ese día, en efecto, los nombres de los candidatos eran sustituidos pitagóricamente por números, a los efectos de que pudieran votar tam-

bién los analfabetos. De este modo se escribía por ejemplo en un sobre "Voto por la 15" y ya se sabía qué quería decir "Voto a Herrera", por ejemplo. El ajeteo superaba siempre la paciencia más firme, y los hombres y mujeres, enfundados en sus dificultosos trajes, corrían y venían, tratando de arrimar el mayor número de contestaciones a sus arcontes o números respectivos, en una especie de quiniela sensacional donde solían perder todos. Ni qué hablar de lo que parecerían, con aquellos trajes opacos que les cubrían totalmente el cuerpo, como si fuesen envoltorios, no dejando ver más que la cara y las manos. Aquella gente incomprensible, que tenía vergüenza de que los demás le viesen la barriga, por ejemplo, no tenía empacho, sin embargo, en exhibir la totalidad de sus sentimientos descompuestos. Los tipos se tapaban bien el cuerpo por atrás y por delante, con sus ropas espesas e intransparentes. Y se echaban a vociferar, gritar, y llorar en público, declamando virtudes de sus arcontes y vicios de los rivales, en una suerte de espectáculo dantesco.

La otra particularidad notable es la intervención femenina en todo esto. Aunque muchos lo ignoren, la verdad es que las mujeres metían cuerpo en todas estas cosas al par de los hombres. No había sucedido así, claro, en siglos anteriores. Pero durante un período del siglo XIX que se extiende hasta las grandes invasiones japonesas, la mujer llegó a ocupar un lugar destacadísimo en la sociedad. Es curioso cómo nuestros padres, que tenían tan arraigado el prejuicio de la virilidad, permitiesen esto. Pero conviene no olvidar el lema aquel, propuesto por Bernasconi para definir el siglo XX: "¡Hago lo contrario de lo que me parece bien!".

En efecto: cuando se piensa que una mujer de entonces no se limitaba, como hoy, a la preparación del té y a la educación de los niños menores de seis meses, sino que tenía voz decisiva incluso en política internacional, pudiendo ocupar los cargos de mayor responsabilidad, saliendo a todas horas a la calle, diciendo la última palabra en cada casa, fumando (!), y eligiendo ella incluso el marido que le gustaba, uno comprende por qué aquellos pobres hombres del siglo XX, que vivían dedicados al rebusque diario y endiablado de la comida, llevaron el hermoso mundo de Adán al caos de que tuvimos que sacarlo nosotros, los del siglo XXI.